

## LOS CAMAREROS DE GRANADA

*Ojalá desaparezca el camarero que dedicó dinero y esfuerzo por alcanzar su licenciatura para acabar sirviendo huevos rotos o de pescado una fritura. Quedan todavía algunos típicos granaíños con denominación de origen.*

Una nueva clase de camareros parece aliviar las terrazas de Granada. Poco a poco van quedando atrás los típicos malafollás que preguntan al cliente “¿quévaser?” mirando al tendido en actitud de desprecio y perdonándote la vida. Aunque algunos quedan, es verdad; pero manda la prudencia. También es verdad que hay clientes que deberían usar la tapa para “taparse” la boca; y aunque sean clientes, no siempre llevan la razón.

Los que somos “granaíños” sabemos de esto un rato. Durante años, tal vez siglos, venimos soportando a una patulea de camareros, salidos de no sé dónde, porque no creo que sea de la Escuela de Hostelería, que se empeñan en atender al cliente como haciéndoles un gran favor y perdonando con su despreciativa actitud el atrevimiento de ser requeridos para que traigan un par de cañas, un tinto de verano o un helado de tuttifrutti.

Son los típicos “malafollás granaíños” que ostentan denominación de origen, aunque no son exclusivos de Granada, porque también los soportamos de vez en cuando en otras latitudes; basta pasar Despeñaperros o atravesar el Pirineo. Pero quedan todavía camareros mal uniformados, mal educados, poco aseados, que encima atienden de mala manera, en plan perdonavidas, acercándose al cliente de perfil, con una mano en el bolsillo y la otra en el mandil; advirtiéndote de antemano que de eso que pides ya no queda; pero es que de lo otro, tampoco; parece que se enfadan cuando reclamas la tapa, la traen tarde y mal, y ten cuidado que no te echen encima la salsa tártara o el ketchup de la hamburguesita. Ni saben lo que es una bandeja, ni descorchar el tapón de la botella. Es una fauna que desprestigia a los buenos y que debiera extinguirse aunque reclamen indignados los grupos ecologistas.

Pero han cambiado los tiempos. Porque últimamente nos estamos encontrando camareros extraordinariamente educados, muy preparados y con un trato exquisito; amables, rápidos y muy serviciales, aunque les falta un hervor de profesionalidad. Por el trato parece que han pasado por la mejor escuela para después acabar licenciado en alguna buena universidad. Creo sin embargo que desgraciadamente lo que simplemente me resulta un parecer es una triste realidad. Son efectivamente “camareros” universitarios que se buscan la vida como pueden sirviendo copas a falta de bodigo. Es decir, lo que ganamos en buena atención al cliente lo lamentamos al saber que nuestros impuestos, pensados para costear carreras universitarias a los ilusionados jóvenes estudiantes, han servido para darle un cambio sustancial al comportamiento de camareros de bares y recepcionistas de hoteles. Son educados camareros y hasta trilingües, pero ¿cuánto nos ha costado su formación? Y ellos ¿cuánto ganan siendo tan buenos? ¿Cuántas ilusiones perdidas tras horas de estudio para acabar limpiando mesas o sirviendo cañas?

Tenemos en Granada una muy prestigiosa Escuela de Hostelería, por eso va siendo hora de que desaparezca para siempre el tradicional y típico camarero malencarado que atiende sin atender, que sirve a desgana, que lanza la tapa como el que juega a la petanca y que frunce el ceño y masculla por bajines con desprecio cuando se te olvida la propina o no llega al euro. ¡Ojalá desaparezca también el camarero que dedicó tiempo y dinero por alcanzar su licenciatura para ahora servir con mucha educación, huevos rotos, berenjenas al limón, de pescado una fritura o de chopitos una ración! ¡Ojalá!